

Munir Hachemi
LO QUE FALTA

EDITORIAL PERIFÉRICA

Para mis amigas

LOS RESTOS

para Paula

Día veintitrés

Recuerdo caminar por la ciudad en busca de tabaco. Iba mirando al suelo por si veía algún cigarro a medio fumar o los restos de un paquete. A pesar de todo, a pesar del mono y de las máquinas de tabaco industrial, seguí fumando sólo de liar. El mejor sitio eran las puertas de los bares; los pitis apoyados en ceniceros o en los quicios de las ventanas habían sobrevivido en su mayoría a las lluvias. Alguna vez, lo reconozco, deshice un cigarro de cajetilla y lo volví a armar con papel de liar.

Día veinticuatro

Mi lugar favorito son las cafeterías. Disfruto entrando en ellas, limpiando los filtros de las máquinas.

Preparando un café y tomándomelo mientras leo un libro. Los libros aún me acompañan.

Las mejores son las más hípster, las de especialidad, sobre todo las de los barrios. Tomar café gratis en esos espacios supone una pequeña venganza personal. Encuentro un placer culpable en fumar dentro. Pareciera que las han diseñado pensando en el fin del mundo. Son asépticas y funcionales; están hechas para prescindir de las personas que las regentan, de sus clientes incluso. En algunas, por desgracia, los materiales baratos comienzan a ceder al paso del tiempo. Prefiero no entrar en esas. Alguna vez he ido a un Starbucks y he cumplido con todo el ritual. Preparo mi café, lo dejo listo sobre la barra y escribo mi nombre en el vaso. Después me convoco por megafonía, «¿Paula?», y acudo, solícita y feliz; todo sigue funcionando a pesar de las ausencias.

El café antes era un lujo. Ahora es una necesidad. Para estar despierta, alerta. Y ahuyenta el hambre.

He escrito «El fin del mundo», pero en realidad el mundo no se ha acabado. Lo que se ha acabado es la gente.

Día 82

Ayer entré por primera vez en una casa. Era un chalé de la zona residencial, a las afueras. Ni siquiera entré a robar; había ido a ver qué podía encontrar

en una megatienda china y se me hizo tarde, así que decidí quedarme allí. Mis años de militancia en el movimiento okupa jugaron a mi favor; colarme fue tan fácil como siempre (más, en realidad, sin el miedo a que apareciera la policía).

Cuando encendí la luz de la cocina, vi que la comida seguía servida y las cucarachas abrevaban en los platos. Supongo que estarían cenando cuando llegó el día cero. Me sorprendió que la cena que una familia iba a devorar en minutos sirviera para que varias generaciones de cucarachas sobrevivieran. Cuando di los primeros pasos, salieron al escape, huyendo entre mis pies y a veces tropezando. Creo que viven más tranquilas ahora, que nosotros también las molestábamos a ellas. En general, la fauna ha alcanzado un equilibrio que en nuestra presencia parecía imposible: las enredaderas han tardado poco en tomar las fachadas y los perros callejeros caminan, gordos y lozanos, sin miedo a que los atropellen. Estorbábamos.

Por costumbre o por aburrimiento, subí al piso de arriba y busqué un ordenador. El primero que encontré fue uno de gaming, con un ratón de veinticinco botones y una alfombrilla del *League of Legends*. Me trajo buenos recuerdos. No fue difícil hackearlo: tenía instalado un Windows 10. Sólo tuve que conectar el móvil a su wi-fi y tirarle un paquete malicioso por un puerto con un servicio no declarado. No me hizo falta ni mapear la red.

A partir de ahí, acceder a todos los dispositivos de la casa fue trivial. Con la información del ordenador del hijo no me habría costado descubrir las contraseñas de los padres; ni siquiera hizo falta. Me bastó con poner su móvil a cargar, reventar el bloqueo, abrir el WhatsApp web y buscar «contraseña». La estupidez humana ha sobrevivido a la propia humanidad.

No encontré nada que no esperara encontrar: el padre tenía una amante e ingresos en B, el hijo guardaba toneladas de porno y la madre estaba escribiendo en secreto una fantasía lésbica en forma de novela. Me dio pena y rabia, sobre todo porque estaba bien escrita; me interesó desde la primera página. Debían de ser las tres de la madrugada cuando el chirrido de los goznes de la puerta principal me sorprendió leyendo.

Me di cuenta de mi torpeza. Había ido encendiendo las luces de todas las habitaciones sin apagar ninguna, así que la casa en la que me encontraba debía de llamar la atención en medio de la completa oscuridad del barrio. Me metí de inmediato bajo la cama y traté de aguantar la respiración.

Los pasos tardaron aún unos minutos en subir la escalera. Cuando entraron al cuarto, pude constatar que aún no nos entendían: algunos pies llevaban botas, normalmente mal calzadas, pero otros estaban metidos en riñoneras o incluso en teteras. Me buscaron diez largos minutos y no hubo un segundo en que no sintiera unas ganas intensas de hablarles. Ellos –y ése es el nombre con el que los designaré,

3 L L X S— habían cumplido todos mis deseos, me habían dado una soledad perfecta, una soledad que ni mis propias debilidades podían romper. Quise hacerles muchas preguntas; quise ayudarlos a comprender nuestra civilización, a abortar la torpe imitación que estaban perpetrando. Logré refrenarme.

Cuando se fueron, me subí a la cama. Se me habían entumecido las articulaciones y los dientes me dolían de apretarlos. Me quedé dormida casi en el acto.

Nada más despertarme, he vuelto a casa. No sé por qué, pero he traído conmigo los teléfonos móviles y los discos duros que había en el chalé. Quizá me sirvan.

Day ninety

Hoy llueve y Paula ha pasado el día en C4S4 revisando los discos duros de la semana pasada. A ella, que siempre ha detestado a todo el mundo, le ha conmovido la historia de esa familia desaparecida.

Mirando fotos y escuchando audios se da cuenta de que por fin se ha hecho carne la frase que tantas veces ha repetido a modo de proclama o de mantra: *no future*, no hay futuro, 没有未来. Sólo quedan las redes que los humanos construyeron, la red eléctrica, la red digital, redes que sobrevivieron a sus nodos, a las personas que creían sustentarlas.

Ayer fue a su facultad. Podría haber subido en moto o incluso podría haber hackeado un coche

autónomo, pero ha querido caminar los cuarenta minutos que se tarda en llegar. Decidió subir porque recordó que había dejado corriendo un software en uno de los ordenadores de la biblioteca, más por divertirse que por otra cosa, y aquel día había descubierto que seguía funcionando. Quiso saber si eso significaba que alguien se encargaba del mantenimiento; quizá otro superviviente o uno de 3LLXS. Si había alguien allí significaba que quedaba gente en las granjas de servidores; Paula había comprobado que, aunque muchas páginas se habían caído, otras seguían funcionando, como Google. Quería saber si dicho funcionamiento dependía de la existencia de personas consagradas a él o si sencillamente en Google ya habían preparado los servidores para un escenario posthumano.

En la facultad no encontró a nadie, pero mientras volvía tuvo tiempo para reflexionar. El camino se le hizo más largo que nunca. Todas las redes se habían vaciado; ya no existía la posibilidad de tomar un autobús o de coger un taxi en un momento de urgencia; ya no podía abrir WhatsApp para ver si alguien le había escrito, ni poner Google Maps si se perdía, ni acudir a ese contacto de emergencia que comenzaba por «Aa». Se dio cuenta de que el mundo había sido despojado de su calidad de territorio y había sido restituido a pura tierra, tierra salvaje y amenazante. Siempre que subía a la universidad antes del Z3RO_D4Y podía imaginar (es decir: poner en imágenes) no sólo el camino que había recorrido,

sino también el que lo separaba de C4S4, y esta vez se sintió incapaz. Algunos perros la seguían, quizá preguntándose cuánto tardaría en desfallecer. Fue entonces, hostigada por el hambre, el frío, el miedo y la ausencia, cuando sintió que, si no podía hacer otra cosa, al menos debía escribir un programa que rastreara las redes en busca de aquellos servicios que hubieran sobrevivido a la presencia humana. Por primera vez, Paula sintió el peso del pasado, se supo única garante de la memoria del mundo.

La mujer que escribía en secreto la novela lésbica, por cierto, se llamaba Nuria.

D4Y_NIN3TY_FOUR

Mañana Paula tendrá resultados suficientes para extraer conclusiones. Los bots ya están funcionando. Por ahora, ha notado que aún hay actividad humana en la red; algunos rastreadores siguen corriendo, pero no sabe cuáles.

Estos últimos días ha entrado en distintas casas. Ha vuelto a su facultad, también. Hace acopio de discos duros. La aburre la facilidad con que revienta las claves de cifrado. Algunos ni siquiera tienen. En la facultad se ha hecho con varias tarjetas gráficas. Las ha puesto en C4S4 a funcionar en paralelo. Paula está construyendo un rig.

En los HDD encuentra mucha información inútil. En los discos duros, quiere decir. Se desanima.

Recuerda los ransom, los programas que pedían un rescate por la información del usuario. Algunos rusos programaban unas IA que jeraquizaban la información. Eso oyó Paula. Se acuerda de una anotación de días atrás: «En los últimos tiempos antes del Z3RO_D4Y se hablaba mucho del cambio climático, pero la naturaleza parece estar volviendo a un estado de equilibrio con facilidad. Quizá lo que nos habría tenido que preocupar es el hecho de que estábamos convirtiendo la Tierra en un gigantesco vertedero de información».

Hoy Paula ha ido a un museo. Los bots están trabajando, Paula no tiene mucho que hacer en C4S4. Le gusta mucho el museo. Sus pasos retumban. Hace muchas fotos con el móvil. Nota que está despertando en ella cierto afán civilizatorio, cierto afán de conservación. Se siente mal, incluso mareada.

Para entrar al museo, Paula ha tenido que desactivar la alarma. No quiere llamar la atención. En sus incursiones algunas veces ha oído pasos, lejos o cerca, y hasta motores. Voces no. Nunca voces. Se siente absurda desactivando la alarma; se pregunta: ¿sigo teniendo un miedo inconsciente a la policía?

En la calle, Paula respeta los semáforos. Le hace gracia. O tal vez hace que se sienta menos sola. Quizá las dos cosas. Espera largos segundos a que se pongan en verde. Entre tanto, fuma. En el museo, fumaba mientras contemplaba los cuadros. Se pregunta si los detectores de humo no eran sólo cosméticos. Por el humo sabemos que hay fuego. Por

los detectores sabemos que hay vigilancia. Pero no funcionaban. Le gusta la metáfora.

D4Y_ON3_HUNDR3D_4ND_TRH33

Paula comprueba el D4Y_NIN3TY_FOUR que algunos bots siguen vivos. Por ejemplo, Google Analytics. Por ejemplo, generadores de anuncios personalizados. Por ejemplo, alertas de la policía.

A Paula le da lo mismo. Ha descubierto algo crucial. Eso ya no importa. Ahora importa su descubrimiento. Ahora.

Hay un disco duro especial. Lleva varias capas de cifrado, no es fácil romperlas. Pero Paula consigue acceder a él. Es de una programadora. Contiene una predicción detallada del Z3RO_D4Y. Es de una genia, seguro. O de una loca. Pero todo tiene sentido, la profecía tiene sentido. Paula no duerme. Sólo lee los documentos; todo es perfecto, todo ocurre así. Se pregunta si también explicará cómo detenerlo. Son días duros. Malos días. Paula siente el peligro. No sabe si es verdad. Pero siente que 3LLXS están cerca. Los oye. Los huele. Son días raros. Paula apenas come. Sólo lee. También se masturba pensando en 3LLXS. Quiere, a ratos, ser una de 3LLXS. Imagina un hallazgo. Imagina que encuentra la forma de traer a todos de vuelta. Si puede, ¿lo hace? ¿Quiere a todos de vuelta? Paula siente nostalgia. Pero le gustan 3LLXS. No quiere sentir nostalgia.